

Henry Luque Muñoz\*

*Tinta hechizada.*

*Poesía colombiana del siglo XX*

**L**a atenta lectura de la poesía colombiana del siglo XX nos deja una certeza ineludible: que sus hallazgos y sus renovaciones provienen sobre todo de José Asunción Silva (1865–1896) y en particular de su libro *Gotas amargas*, en el que, contra la solemnidad y la rigidez lírica tradicionales, contra la ornamentación y la suntuosidad, el poeta bogotano introduce el humor, la desacralización, la burla, la puesta en tela de juicio de la seriedad dominante y, por extensión, de los valores consagrados. En este marco entendemos que, si lo esencial de la modernidad es el cambio, Silva inauguró la modernidad en Colombia, desde la poesía, ya antes de que empezara el siglo y antes de que llegaran soplos renovadores en la narrativa y el teatro y en otros ámbitos de importancia, como la economía. Intentar cambiar el lenguaje significaba, por supuesto, alterar un componente esencial de la realidad. Silva resultaba incómodo en aquel país conservador, en una Bogotá de setenta mil habitantes donde el bronce de las campanas recordaba con frecuencia el Medioevo y la gente vestía de negro como aquejada de un luto sempiterno. El suicidio del poeta podemos entenderlo como revancha de la sociedad contra quien se atrevió a sugerir un cambio que trascendía el orden establecido. Silva, que le había pedido a su médico dibujarle en el pecho el lugar exacto del corazón —para en la madrugada no errar el pistoletazo—, se disparó en el corazón, no en la cabeza, pues quería matar el sen-

---

\* Poeta y ensayista colombiano. Profesor del Departamento de Literatura de la Universidad Javeriana, en Bogotá.

timiento, no la razón. Esta lectura nos deja su muerte: quería liquidar el tardío romanticismo, la solemnidad como un tardío y colonial ademán de la reverencia, la nostalgia como forma del atraso, para pasar a un tiempo en que la reflexión y el cambio desempeñaran su papel.

En los comienzos del siglo XX, Guillermo Valencia, suntuoso heredero del modernismo, y Julio Flórez, romántico tardío, eran las figuras líricas más populares en Colombia. La aristocracia del lenguaje en Valencia armonizaba con su personalidad exclusiva y de élite, que insinuaba una prolongación del aristocratismo mental que afirmó Darío, en el marco del modernismo. Flórez, en cambio, empuñaba un sentimentalismo de arraigo popular, que le dio creciente prestigio entre la gente que prefería oír el eco de sus emociones a la búsqueda de un lenguaje exótico. Valencia, lo sabemos, practicó una adjetivación exquisita. En los dos, de manera distinta, se apoyó la Colombia conservadurista: en Valencia hallaba una resonancia entre neoclásica y parnasiana que contribuía, acaso, a preservarla del contacto con una realidad mugrienta, y en Flórez el patetismo indispensable para soñar una grandeza de alma. La afición de este poeta al patetismo de la muerte y el regusto trascendental por homenajear el sufrimiento armonizaban con el país religioso. Su medievalismo desgarrado conmovió durante años a una audiencia habitualmente impregnada de misticismo.

Otro poeta que ocupó entonces su propio trono en la memoria popular fue Porfirio Barba-Jacob (1883-1942), bautizado Miguel Ángel Osorio y con frecuencia registrado como Ricardo Arenales, quien con sus seudónimos de perseguido y exiliado perpetuo y su malditismo anacrónico, cosechó no pocos lectores, sobre todo en México, Centroamérica y Colombia, mientras escandalizaba con sus desplantes. Paradoja: los tres, Valencia, Flórez y Barba-Jacob, ya iniciado el siglo XX, con distintas intensidad y modulación y desde espacios de vida diferentes, reforzaban con su gran popularidad el país retórico, al tiempo que lo refutaban con aquellos poemas que la crítica hispanoamericana suele reconocer como indispensables y que por la excepcionalidad de sus hallazgos rebasan el mimetismo. Y en cuanto a la popularidad, es útil recordar afirmaciones de Pedro Henríquez Ureña cuando, centrándose en la primera mitad de nuestro siglo, afirmaba: “[...] por lo que toca a nuestros poetas [de Hispanoamérica], tienen proporcionalmente muchos más lectores que los de cualquier otro país de cultura occidental”. Henríquez Ureña citaba, a manera de ilustración, dos anécdotas: una en la que dos grupos rivales, enfrente de la casa del poeta Guillermo Valencia, ya a punto de irse a las manos, se vieron impedidos en su propósito cuando una voz anónima reclamó que el poeta recitara. El poeta apareció, recitó, y se apacigua-

